
Miguel CANDEL

Más allá del ser y el no ser

Barcelona: Néctar editorial, 2024

366p., ISBN: 9788412616163

La presente obra de Miguel Candel, *Más allá del ser y el no ser*, constituye una de las mayores reivindicaciones de la metafísica tradicional que se han realizado en los últimos tiempos. Frente al relativismo cultural imperante, con el que el texto mantiene una batalla cuerpo a cuerpo, el autor trata de sacar a la luz los principios fundamentales de todo lo que existe, con el fin de salir del ensimismamiento narcisista que actualmente padecen multitud de doctrinas filosóficas, encerradas en un relativismo ciego y entregado sin más a una diversidad de perspectivas aparentemente irresoluble.

En el primer capítulo, «Miseria (extrema) de la filosofía», el autor expone el estado de la cuestión en lo relativo a la metafísica, a la vez que señala las líneas generales de su planteamiento. En primer lugar, se pronuncia contra los irracionalismos nacidos con el fin de paliar los efectos de una Razón que habría sido la causa de los grandes desastres humanos del siglo xx. El autor argumenta acerca del sinsentido que reside en imputar a la razón pura los actos perpetrados por la pura sinrazón; antes bien cabría, dice, estudiar la compleja y olvidada relación entre las facultades racional y pasional que conforman la naturaleza humana, si se aspira a comprender los fenómenos más alarmantes de la historia reciente.

En segundo lugar, sitúa su planteamiento en el marco del realismo crítico, que distingue del realismo dogmático y del antirrealismo. El realismo crítico es aquel que reconoce que, a pesar de existir una realidad objetiva, una *cosa en sí*, esta solo se manifiesta de forma parcial en sus apariencias. De este modo, el autor justifica, a la vez, la disparidad de opiniones y la búsqueda de un conocimiento objetivo: «la realidad objetiva se muestra indirectamente como el punto de fuga en que convergen las distintas y diferentes líneas de perspectiva» (p. 22).

En tercer lugar, el autor despliega la posición del realismo crítico en lo que respecta a la relación entre las diversas facultades humanas, concluyendo que la tarea estrictamente filosófica consiste en analizar el tránsito que va de los datos sensibles a las categorías del entendimiento. Desentra-

ñar este complejo haz de relaciones entre el mundo y la mente es, según el autor, la metafísica. Finalmente, expone su concepción de la metafísica como actividad inherente a la existencia humana. Más allá de sistematizaciones concretas de diversos periodos, el autor reivindica la metafísica como auténtica tarea del pensar del hombre.

En el segundo capítulo, «Experiencia: la realidad y su sombra», el autor señala tanto el origen como la finalidad de la metafísica. A su juicio, toda metafísica debe nacer del contacto directo con lo real, es decir, de la experiencia; sin embargo, su objetivo debe ser trascender los datos de la experiencia concreta y subjetiva de cada uno de los «yo» individuales para descubrir las estructuras que componen la experiencia en general, es decir, del «yo» trascendental. Sólo en este tránsito entre lo particular y lo universal, entre lo personal y lo común, se atisba una posible solución tanto a los problemas teóricos derivados del subjetivismo epistémico y ontológico, como a los problemas prácticos derivados del individualismo egoísta típico de nuestro tiempo. Por ello, descubrir las estructuras compartidas que subyacen a la vivencia individual es un deber metafísico, pero también una necesidad ética, social y política: «Encontrar el punto de equilibrio entre esos dos excesos, entre nihilismo y narcisismo, es a día de hoy la tarea propia (y exclusiva) de la metafísica» (p. 56-57).

En el tercer capítulo, «Lo real y lo trascendental», el autor trata de definir el “objeto” de la metafísica. El sentido de las comillas reside en que, propiamente, la metafísica no tiene un objeto; en realidad, esta tendencia a la objetivación de lo que no es objeto se revela como el vicio de la metafísica en general. El ser, ciertamente, no se manifiesta como un ente particular, sino como la estructura común a toda particularidad, y, en este sentido, el ser es lo trascendental. En el texto se encuentra una analogía entre el ser, que sería la sintaxis, y el ente, que sería la semántica: la sintaxis, por sí sola, no significa nada; sin embargo, es la condición de posibilidad de todo significado (p. 79).

Por su naturaleza puramente formal, purgada de todo contenido específico, el ser no da lugar a la construcción de concepto alguno, lo cual lleva al autor a revisitarse la polémica acerca de la posibilidad y el método de la metafísica, o, en otras palabras, acerca del modo en que el hombre puede acceder a los fundamentos últimos de lo real. La cuestión queda resuelta al recurrir al concepto aristotélico de $\nu\omicron\upsilon\varsigma$, la intelección que descubre, en la multiplicidad de la materia, la estructura formal de todo lo que existe: «El intelecto reconoce en los complejos contenidos materiales de la sensación

la simplicidad de unas estructuras puramente formales que parecen independizarse de aquéllos para constituir una realidad de segundo orden [...] Tales son los principios de la ciencia, como dice Aristóteles: los conceptos y las reglas generales que rigen sus recíprocas relaciones» (p. 106).

En el cuarto capítulo, «El punto ciego del saber», el autor prosigue con la investigación acerca del intelecto, prestando ahora atención a aquello que escapa a la penetrante mirada de este, lo cual no es ni más ni menos que sí mismo: «En la peculiar naturaleza de ese autoconocimiento, radica el carácter, en último término, «ciego» del conocer: en su incapacidad, pese hallarse «bañado» en su propia conciencia, para volverse completamente sobre sí mismo, para «ver» su acto de ver» (p. 128).

Esta problemática conduce al autor a la distinción entre esencia y existencia, intuida ya por Aristóteles, y formulada primeramente por Avicenna. Al distinguir entre estos dos ámbitos, y más exactamente al declarar la primacía de la existencia sobre la esencia, el intelecto se encamina al descubrimiento de la radical individualidad de todo acto de ser, que se caracteriza, precisamente, por este fundamento existencial, y no por ninguna determinación esencial. De esta manera, la distinción es necesaria para que el individuo se haga consciente de su propia individualidad, y, así, tratar de remediar la ceguera inherente a toda intelección formal.

En el quinto capítulo, «La mente, entre el cielo de las ideas y el abismo del ser», el autor retoma la cuestión de la individualidad. Una vez descubierta la radical unicidad de todo lo que existe, derivada de la concepción del ser como acto, el autor se pregunta por los límites de dicho acto de ser, o, dicho de otro modo, emprende la tarea de delimitación del individuo. El autor cifra el criterio para distinguir a un individuo del resto de seres en la conciencia que este puede llegar a alcanzar de sí mismo. A continuación, por lo tanto, expone su postura acerca de la conciencia, remarcando que la actividad inherente a todo pensamiento es el descubrimiento de sí mismo, de ese acto existencial que lo constituye como algo que es. Por este motivo, «La *mismidad*, nos atrevemos a decir, no es sino ese movimiento centrípeto de la existencia consciente y su resultado» (p. 179).

Una vez establecidos los límites de la conciencia, emerge, desde el corazón de lo real, la célebre idea kantiana de la cosa en sí. Efectivamente, una vez descubierto el camino del individuo hacia sí mismo, resta todavía investigar cuál es la naturaleza de todo lo que queda fuera de los límites de este. Así, el autor anuncia que concluirá la obra, en el siguiente capítulo, tratando de ofrecer una respuesta a las tres grandes preguntas kantianas.

En el sexto capítulo, «El ser se hace de muchas maneras», se realiza la tarea propuesta en el capítulo precedente. Respecto a la primera pregunta, ¿Qué podemos conocer?, el autor responde recordando algunas de las conclusiones alcanzadas en las páginas anteriores, como, por ejemplo, que la existencia es individual y que no es reductible a la suma de experiencias particulares. El saber que se ha alcanzado en esta obra no es, simplemente, la suma verdades que componen la metafísica, sino el esclarecimiento de cuál es la naturaleza de la disciplina. La metafísica se ha revelado como una sabiduría dinámica que, a través de la polémica entre perspectivas contradictorias, se abre paso hacia una visión coherente de todo lo que existe. Esta visión de conjunto es la que queda sintetizada del siguiente modo: «Digamos, pues, que Dios, Mundo y Alma son tres nombres de lo mismo [...] El Ser es Alma en cuanto actividad, Mundo en cuanto totalidad y Dios en cuanto Absoluto» (p. 238).

Respecto a la segunda pregunta, ¿Qué debemos hacer?, el autor invita, a partir de las bases teóricas establecidas a lo largo de la obra, a combatir el relativismo cultural imperante en nuestro tiempo. Efectivamente, el gran hallazgo del texto reside en mostrar la universalidad presente en todo lo particular, lo cual constituye el fundamento de la reflexión moral: «Aunque el juicio sobre las acciones humanas debe aplicarse a acciones individuales (por ser ellas mismas singulares y por estar realizadas por individuos), el carácter universal de los criterios empleados exige distanciarse del punto de vista del agente» (p. 267-268).

En cuanto a la tercera pregunta, ¿Qué podemos esperar?, el autor propone una respuesta sencilla: no podemos esperar nada, dado que la metafísica desplegada en las páginas anteriores no realiza promesas acerca de la permanencia de la conciencia individual tras la muerte corporal. Sin embargo, el autor plantea que el sentido de la existencia puede derivarse de la propia existencia particular de cada individuo, tratando de evitar caer en los dogmatismos escatológicos y el nihilismo posmoderno. De forma más concreta, el autor sugiere que dedicar nuestro tiempo en el ser a empresas de tipo social y colectivo son «Una de las formas más seguras de darle un sentido a la existencia humana, por sí misma desprovista de sentido trascendente alguno» (p. 289)

Finalmente, la obra consta de tres apéndices, el primero de ellos dedicado al comentario pormenorizado del poema de Parménides, el segundo a la concepción aristotélica de la memoria, y el tercero, formado por una serie de aforismos encadenados, a la ética platónica.

En conclusión, la presente obra de Miguel Candel se erige como una defensa de la metafísica clásica, entendida esta como una larga tradición de propuestas filosóficas que, en su confrontación, arrojan luz en el camino hacia la comprensión del ser. Acompañado por Platón, Aristóteles, Avicenna, Duns Scoto, Mulla Sadra, Spinoza, Kant y Hegel, entre otros filósofos de primer nivel, el autor se abre paso hacia la radical individualidad inherente a todo lo que es, mostrando que lo único común a todo lo que existe se manifiesta, paradójicamente, en su absoluta unicidad. En esta obra, la erudición se pone al servicio de la sabiduría, dando forma a una metafísica que, lejos de disgregarse en una multiplicidad de discursos arrojados a la vasta extensión de la historia de occidente, trata de reconstruir una narrativa que integre las muchas conquistas de la disciplina, constituyendo así una de las grandes apologías de la filosofía primera elaboradas en este siglo. Esta humilde reseña, cabe añadir, tan sólo ha podido señalar algunas de las cuestiones centrales que aparecen en la obra, sin pretender agotar, en modo alguno, la riqueza y complejidad de esta.

Marc ZAPATA

Universitat de Barcelona

marczapata.treball@gmail.com | DOI: <https://dx.doi.org/10.1344/conv47232>